

Acerca de la actualidad del concepto simmeliano de metrópolis

Jorge Francisco Liernur

QUE UNA REUNIÓN CENTRADA SOBRE LA PRODUCCIÓN de un intelectual como Georg Simmel, activo hace un siglo, tenga lugar en el marco de estudios de sociología y no de historia de las ideas, supone para ese pensamiento una expectativa de legitimidad en relación con la escena contemporánea. El carácter excepcional y la amplitud disciplinar del coloquio internacional “Actualidad del pensamiento de Simmel”¹ revelaron no solamente la dimensión colosal de la obra simmeliana, sino el hecho de que estamos presenciando una operación de rescate y no una periódica reconsideración de una línea de pensamiento establecida y consagrada. Como es obvio, el rescate no sería necesario si esas ideas hubieran estado vigentes sin discontinuidades a lo largo del siglo que ha pasado desde su formulación.

El pequeño ejemplo que sigue induce a pensar que en la Argentina, al menos en el área de los estudios urbanos, las claves simmelianas fueron por muchos años abandonadas u olvidadas. Verifiqué esa presunción al comenzar a prepararlo, cuando consulté la pequeña colección de sociología urbana formada por el Centro de Estudios Urbano Regionales durante sus primeros años de actividad, como parte del Instituto Torcuato Di Tella. Creo que teniendo en cuenta las óptimas articulaciones internacionales de los miembros del Centro y su bien ganado prestigio académico, el conjunto puede ser tomado como una buena muestra del estado del debate urbanístico de ese

¹ Organizado por la materia “Georg Simmel” de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, en conjunción con la *Forschungsgruppe Simmel* de la Universidad de Bielefeld; con el apoyo del Instituto Goethe, el Instituto de Cooperación Iberoamericano, el Centro Franco-Argentino y la Universidad de Buenos Aires. Tuvo lugar en Buenos Aires los días 21, 22 y 23 de mayo de 2002. Una versión anterior del presente texto fue leída durante ese coloquio.

momento. Examinando los 85 volúmenes que integran esa colección se advierte en primer lugar que fueron editados entre 1957 y 1973, y que en su mayoría fueron publicados en inglés o castellano, con excepción de unos pocos en francés e italiano. Entre estos libros encontramos los escritos de Weber y Sombart sobre la ciudad, y cabe mencionar que en otros sectores la biblioteca también posee varios trabajos de Simmel. Sin embargo, “Die Groszstädte und das Geistesleben”² brilla por su ausencia, y sólo en cinco de los 85 volúmenes puede leerse en el texto alguna ligera alusión a nuestro autor.

No es difícil imaginar algunas razones para explicar esa ausencia. En los años sesenta se estaba en el apogeo de las “ciencias urbanas y regionales” y de las ideologías de “comprehensive city planning”.³ La aproximación “impresionista” e incluso metafísica que caracteriza los análisis simmelianos estaba en los antípodas de aquel objetivismo tecnocrático que, especialmente bajo la influencia norteamericana, había dado lugar a las más influyentes agencias de planificación en la Argentina y América Latina.

Heredado como indirecta consecuencia de esa misma influencia a través de los trabajos de Robert Park y otros representantes de la escuela de Chicago,⁴ el análisis simmeliano no era más que un antecedente prehistórico del moderno modo “científico” de abordar los problemás urbanos.

Aunque el pensamiento de Simmel es lo suficientemente intrincado y denso como para permitir interpretaciones opuestas, como en seguida veremos, y si bien especialmente en “Die Goszstädte und das Geistesleben”, sostiene claramente que su propósito es “comprender” y no “perdonar” ni “acusar” el fenómeno de la metrópolis, el problema es que a través de la escuela de Chicago sus ideas habían sido interpretadas en Estados Unidos en clave de equilibrio a escala regional. Como ha observado Marco Torres,

² Georg Simmel, “Die Groszstädte und das Geistesleben”; conferencia pronunciada en 1903 publicada inicialmente en *Jahrbuch der Gehe-Stiftung*, tomo 9, Dresden, 1903. Trad. al castellano: “Las grandes urbes y la vida del espíritu”, en Georg Simmel, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Península, 1998.

³ Cfr Marco Torres, *Geografie della Città. Teorie e metodologie degli studi urbani dal 1820 a oggi*, Venecia, Libreria Editrice Cafoscarina, 1996. Torres muestra como el concepto de un “comprehensive design of extension and of internal improvement” comenzó a ser postulado como imprescindible por Patrick Geddes en “Civics: as Applied Sociology”, un texto de 1905. Toda la segunda parte del libro de Torres está dedicada a desplegar “I processi di cambiamento urbano e la struttura interna dei sistemi metropolitani. Le scienze urbane tra il 1920 e il 1970”.

⁴ Sobre las relaciones de Park y la escuela de Chicago con Simmel véase Gary O. Jaworski, *Georg Simmel and the American Prospect*, Nueva York, State University of New York Press, 1997. En particular la primera parte: “Simmel and the Chicago Sociologists”.

en sustancia, a los ojos de los sociólogos de Chicago el espacio de la metrópolis se presenta como un inmenso mosaico físico social y funcional. Si en un primer momento el espacio metropolitano puede aparecer muy fragmentado, el estudio de su organización física, social, funcional y cultural mostrará cómo puede ser en cambio descrito como un organismo organizado, en el cual las diversas partes, aunque compitiendo entre sí, cooperan aunque sea por razones de “utilidad” recíproca.⁵

Pero quienes en la misma época sostenían posiciones alternativas a estas ideologías tampoco estaban interesados en “comprender” y mucho menos en reivindicar la productividad de los complejos y contradictorios procesos de conformación metropolitana tal y como venían desarrollándose en la realidad. En Estados Unidos, y también en el ámbito británico, seguía entendiéndose a las metrópolis existentes como organismos enfermos. Persistía en estos contextos una larga tradición antiurbana⁶ que si también se oponía al urbanismo de equilibrio regional, lo hacía desde un punto de vista según el cual la conformación metropolitana y especialmente sus áreas más densas —equilibradas o no con las áreas periféricas— eran consideradas como una anomalía caótica e indeseable que podía y debía ser combatida en pos de una reintegración más orgánica de las actividades humanas a la naturaleza. Levittown, la organización de la expansión suburbana en “neighborhood units”, la wrightiana ciudad rural de “Broadacre”, las “new towns”, no eran en esencia sino actualizaciones de las viejas ideas de Patrick Geddes y otros partidarios del “garden city movement”.

En los sesenta, con tales expectativas y ante los datos concretos de la visible crisis de los centros urbanos, parecía razonable pensar que se estaba entrando en lo que Melvin Webber llamó “the Post-City age”,⁷ y podía pensarse con Lewis Mumford que, a menos que se revirtiera el proceso de burocratización y dominio tecnocrático, comenzaría la era del “hombre posthistórico”. “Esta obediente criatura —escribía Mumford— no tendrá

⁵ Marco Torres, *op. cit.*, p. 84.

⁶ Sobre esta tradición véase el pionero trabajo de L. & M. White, *The Intellectual versus the City*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1962. Mafredo Tafuri desarrolló un curso memorable sobre el tema: “Storia dell’ideologia antiurbana”, en el Istituto Universitario di Architettura, Venecia, año académico 1972-73.

⁷ Webber planteó sus ideas a fines de la década de los sesenta, anticipando lo que se constituiría como teoría de la “New City” en los noventa. En su texto planteaba que se marchaba hacia un tipo de asentamiento humano extendido sobre el territorio. Melvin Webber, “The Post-City Age”, *Daedalus. The Journal of the American Academy of Arts and Sciences*, vol. 97, núm. 4, otoño, 1968, pp. 1091-1110. Reproducido en R. LeGates y F. Stout (eds.), *The City Reader*, Londres/Nueva York, Routledge, 2000, p. 532.

necesidad de la ciudad: lo que alguna vez fue una ciudad se reducirá a las dimensiones de un centro subterráneo de control, pues, en beneficio del control y del automatismo, todos los demás atributos de la vida serán revocados”.⁸

Simmel, como es obvio, no era el autor más apropiado para interpretar esta “nueva era”.

En la segunda posguerra completaban el debate sobre la metrópolis las ideas que circulaban en el campo de la urbanística, concebida desde la cultura arquitectónica. Una parte de los arquitectos modernistas seguía insistiendo en los planteos formulados en el período de entreguerras. También para ellos la ciudad que se había heredado del siglo XIX era un verdadero desastre y sus alternativas iban desde remedios correctivos parciales y paulatinos hasta la demolición en gran escala. No eran pocos los que en el fondo incluso se alegraban de ver cómo los bombardeos habían aplanado el territorio urbano y esperaban que algún terremoto se encargara de hacer desaparecer los execrados centros metropolitanos aún en pie. Y allí donde era posible propiciaban la creación *ex novo* de ciudades perfectamente ordenadas y previsibles. Brasilia en América Latina y Chandigarh en la India son los ejemplos más conocidos de este desiderátum.⁹

En oposición a esta forma de crítica radical de la ciudad existente, considerada como esquemática y reductiva por los más jóvenes, en los sesenta proliferaron en todo el mundo planteos que, si bien aceptaban tópicos metropolitanos como la alta densidad, no dejaban de formular alternativas *ex novo*, flexibles pero no por eso menos correctivas, a la metrópolis real.¹⁰

Tampoco aquí, evidentemente, había lugar para el problemático enfoque simmeliano.

En el ámbito marxista, las ideas de Simmel sobre la metrópolis no eran bien vistas, entre otros motivos, por la ausencia de un enfoque de clases. Sin embargo, a partir de 1968, en Europa, sus escritos comenzaron a ser reconsiderados en el ámbito del Instituto Universitario di Architettura di Venezia por Manfredo Tafuri y Máximo Cacciari, al mismo tiempo que en

⁸ Lewis Mumford, *The City in History: Its Origins, Its Transformations, and Its Prospects*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1961. Trad. al castellano: *La ciudad en la historia*, Buenos Aires, Ediciones Infinito, 1966, pp. 727.

⁹ En general aludo a las ideas que identifican a los Congrès Internationaux d'Architecture Moderne (CIAM).

¹⁰ Me refiero especialmente a los debates originados en el Team X, a las posiciones de los “metabolistas” japoneses y en general, a la Futurist Architecture, que fue identificada por Tafuri y Dal Co como “Internacional de la Utopía”.

Estados Unidos se gestaba la relectura que encaraban figuras como David Frisby¹¹ y Richard Senett.

Tafuri publicó su primera reconsideración del concepto simmeliano de metrópolis en la revista *Contropiano* en 1969,¹² y en 1973 Cacciari editó *Metrópolis*,¹³ un estudio explícitamente centrado en las ideas de Simmel, Sombart, Endell y Scheffler. Influido por la Escuela de Frankfurt, este trabajo era parte del desarrollo de la “dialéctica negativa”, en oposición simultánea al mecanicismo marxista de matriz soviética, a las lecturas populistas de Gramsci en el seno del Partido Comunista Italiano, y a “los contenidos del discurso reaccionario” enmascarados en una parte de la nueva izquierda que, según Cacciari, llegaban “hasta a hacer pasar el pensamiento negativo como negación del *Verstand* y nostalgia de lo ‘humano’ o incluso, cuando la primera operación no cierra, al irracionalismo *tout-court*”.¹⁴

La interpretación “negativa” de Cacciari y Tafuri se basaba en un marxismo duro, que consideraba al socialismo como una etapa sólo alcanzable a partir del máximo desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo.

Especialmente en “Die Grosstädte und das Geistesleben” Simmel era visto como quien con más lucidez había interpretado a la metrópolis como el lugar en el que se articulaban a la vez el más perfecto dispositivo material de producción, distribución, cambio y consumo de mercancías, y la más acabada metáfora de la economía capitalista. Reconocer con Simmel la

¹¹ Ningún estudio sobre Simmel puede prescindir de los fundamentales trabajos de David Frisby, en particular sus *Georg Simmel*, Chichester/Londres/Nueva York, Ellis Horwood/Tavistock/Methuen Inc., 1984; y *Fragments of Modernity. Theories of Modernity in the Work of Simmel, Kracauer and Benjamin*, Cambridge, Polity Press, 1985. Trad. al castellano: *Fragments de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*, Madrid, Visor, 1992.

¹² Manfredo Tafuri, “Per una critica dell’ideologia architettonica”, *Contropiano*, núm. 1, 1969, p. 31. Publicado luego en *Progetto e Utopia*, Bari, Laterza, 1973. Un análisis más específico de las ideas de Simmel sobre la metrópolis forma parte del citado curso “Storia ...” (véase la nota 6). Puede decirse que buena parte de la obra posterior de Tafuri está ligada a estas ideas, lo que ha sido advertido aun por sus críticos más duros (cfr. Tomás Llorens, “Manfredo Tafuri: Neo-Avant-Garde and History”, *Architectural Design*, voi. 51, 6 de julio de 1981, p. 83).

¹³ Máximo Cacciari, *Metropolis. Saggi sulla grande città di Sombart, Endell, Scheffler e Simmel*, Roma, Officina Edizioni, 1973. Cacciari publicó también una traducción de los principales trabajos de Simmel sobre el tema en *Saggi estetici*, Padua, Liviana, 1970. Sobre la concepción de Cacciari acerca de la “dialéctica negativa”, véase “Sulla genesi dell pensiero negativo”, *Contropiano*, núm. 1, 1969, p. 131; y *Pensiero negativo e razionalizzazione*, Venecia, Marsilio Editori, 1978. Es notable que estos trabajos de Cacciari suelen estar absolutamente ausentes en la bibliografía y los estudios sobre el tema de origen anglo-norteamericano.

¹⁴ M. Cacciari, *op. cit.*, p. 21.

inevitabilidad del proceso de racionalización, la división del trabajo, la abstracción, la homogenización de los valores en el flujo infinito del capital, el choque continuo de nuevas sensaciones, la disolución de todo tipo de raíces, la liquidación de las particularidades locales, permitía establecer el punto desde el cual debía partir toda consideración que procurase encontrar una alternativa radical, superadora del capitalismo.

Desde este punto de vista y a pesar de su nueva puesta en valor, Simmel mismo era criticado a partir de sus propios límites, determinados por su condición burguesa:

la permanencia de la idea de la *Gemeinschaft* en la Metrópolis —escribía Cacciari—, de lo individual goetheano en la especialización, de la libre personalidad mercantil en las condiciones del mercado capitalista simboliza, en el discurso simmeliano, esta exigencia general de fondo: el dominio capitalista no puede darse *históricamente* sino en la forma de estas ‘alianzas’, su racionalidad omnicomprensiva no puede sino ‘trascender’.¹⁵

Para Cacciari, Simmel era el punto de partida hacia la reivindicación de la crítica de Walter Benjamin y su interpretación de la metrópolis, precisamente sin ningún resabio de “trascendencia”.

La aproximación, a la vez valorizadora y crítica, de los venecianos, era legítima en tanto procuraba entender las aperturas pero también las aporías de un pensamiento históricamente determinado. En este sentido se trata de un buen ejemplo a la hora de intentar responder a la pregunta abierta por el título de este escrito acerca de la actualidad de las ideas de Simmel sobre el fenómeno que estamos analizando. Por su parte, un trabajo como el de Weinstein y Weinstein¹⁶ acerca de una supuesta condición posmoderna de las ideas de Simmel es una buena muestra de anacronismo. El libro ha sido criticado de manera consistente y abarcadora por Gary Jaworski¹⁷ y más adelante me referiré a un aspecto de aquella interpretación, ligado más estrechamente al análisis de la metrópolis.

Para iluminar ese anacronismo y limitándonos exclusivamente a datos de población basta recordar, aunque parezca obvio, que Berlín, la metrópolis que inspiraba las reflexiones simmelianas, tenía a comienzos del siglo xx 1.5 millones de habitantes y era una de las dieciséis ciudades que superaban

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ Deena Weinstein y Michael A. Weinstein, *Postmodern(ized) Simmel*, Londres, Routledge, 1973.

¹⁷ Gary Jaworski, *Georg Simmel and the American Prospect*, Nueva York, State University of New York Press, 1997.

el millón de habitantes. En la actualidad un millón de habitantes es la población que se incorpora cada semana a las ciudades del planeta. Cuatro mil de ellas tienen más de cien mil habitantes, doscientas cincuenta más de un millón, cuarenta más de cinco millones, y quince más de diez millones. Por añadidura, es sabido que dentro de pocos años la mayoría de los más grandes entre estos gigantescos asentamientos humanos estará localizada en las zonas más pobres del mundo, siendo su dinámica social, productiva y cultural muy distinta de aquella que Simmel podía observar hace un siglo.

Ciertamente, las ideas desarrolladas por Simmel sobre la condición metropolitana son de tal riqueza que en buena medida continúan ayudándonos a reflexionar sobre el fenómeno, a pesar de los límites que naturalmente le fueron impuestos por las condiciones concretas en que se gestaron. Lo que no parece legítimo, como lo señaló Jaworski, es hacerle ver y comprender a Simmel asuntos, acontecimientos e ideas que no existían en el horizonte de su propia experiencia y de su época. Cuando frente al *flâneur* reivindicado por Frisby, Weinstein y Weinstein nos presentan un Simmel *bricoleur* a tono con la vocación fragmentaria de los partidarios del posmodernismo, sin duda pueden respaldarse en la complejidad propia de la obra que analizan. Pero, más allá de algunos pasajes ambiguos en su obra, insistir en identificar a Simmel como defensor de un arbitrario empaste de piezas inconexas sólo es posible sacrificando o ignorando su profunda búsqueda de un núcleo de sentido para todas sus formas.

Justamente por eso para él “el hombre es el ser que liga, que siempre debe separar y que sin separar no puede ligar”.¹⁸ En numerosas oportunidades, entre las que destacan sus escritos sobre el rostro¹⁹ y sobre el paisaje,²⁰ su trabajo consiste precisamente en explicar de qué manera adquiere unidad,

¹⁸ Georg Simmel, “Brücke und Tür”, *Der Tag*, 15 de septiembre de 1909; trad. al castellano: “Puente y puerta”, en *El individuo y la libertad*, edición citada, p. 34.

¹⁹ Para Simmel “El ideal de interacción humana [consiste en] que la más extrema individualización de los elementos pase a formar parte de una unidad extrema que, ciertamente existiendo a partir de los elementos, reside, sin embargo, más allá de cada uno de ellos en particular y reside sólo en su interacción”, “Die ästhetische Bedeutung des Gesichts”, *Der Lotse. Hamburgische Wochenschrift für deutsche Kultur*, año 1, vol. 2, junio, 1901; trad. al castellano: “La significación estética del rostro”, en Georg Simmel, *El individuo y la libertad*, edición citada, p. 188.

²⁰ “El paisaje surge en la medida en que una sucesión de manifestaciones naturales extendida sobre la corteza terrestre es compendiada en un tipo peculiar de unidad, una unidad distinta de la que abarca el campo visual”. Georg Simmel, “Philosophie der Landschaft”, en *Die Guldtkammer, Norddeutsche Monatshefte*, 3, 1913. Trad. al castellano: “Filosofía del paisaje”, en *El individuo y la libertad*, edición citada, p. 182.

merced a la existencia de un núcleo de sentido, lo que de otro modo sería simplemente un conjunto de segmentos descalabrados. En sus estudios sobre el estilo,²¹ por ejemplo, lo que sería una arbitraria acumulación de objetos de formas diversas y sin rasgos comunes en el interior de una casa burguesa se convierte en una prolongación orgánica del ser que la habita. Del mismo modo, la biblioteca constituye un ejemplo de un conjunto de objetos cuya unidad se produce solamente merced al núcleo de sentido que le aporta su creador.²² El fragmento de Simmel, la diferencia, existe o adquiere significado siempre en relación con un todo de referencia que a su vez se ilumina merced a esa diferencia. La aventura es la variación sobre la vida cotidiana que, a diferencia del evento casual, reordena esa misma secuencia. El extranjero existe no como lo diferente que pasa sino como aquello que, siendo diferente, establece lazos con la comunidad de iguales exigiendo un nuevo equilibrio.

Por este motivo para Simmel la metrópolis es un nuevo fenómeno que es necesario comprender. Es ante todo la expresión del triunfo absoluto de la economía monetaria, y con ello de la liquidación de las diferencias basadas en los Valores y de los límites entre lo humano, las cosas y las esferas de acción. Mientras que en la ciudad tradicional o en los pequeños pueblos existe un núcleo de sentido que organiza seres, cosas y acciones, en la metrópolis éstos fluyen librados a sus propias dinámicas. En el pequeño pueblo ese núcleo está compuesto por creencias, tradiciones, memorias compartidas, mientras que en la metrópolis esas creencias, tradiciones y memorias se disuelven por completo.

²¹ “[...] [D]as Individuum sich aus mannigfach stilisierten Objekten seine Umgebung nach seinem Geschmack zusammensetzt; dadurch bekommen sie ein neues Zentrum, das in keinem von ihnen für sich liegt, das sie nun aber durch die besondere Art ihrer Zusammenfügung offenbaren, eine subjektive Einheit, ein ihnen jetzt anfühlbares Erlebensein durch eine persönliche Seele und eine Assimilation an diese” (“El individuo construye su entorno mediante varios objetos estilizados; actuando de este modo los objetos reciben un nuevo centro, que no está localizado en ninguno de aquellos en particular, pero en el cual todos ellos se manifiestan a través del particular modo en que se encuentran unidos”). Georg Simmel, “Das Problem des Stiles”, en H. Bruckmann (ed.), *Dekorative Kunst. Illustrierte Zeitschrift für Angewandte Kunst*, año 11, núm. 7, tomo 16, abril, 1908, p. 314. Para un consistente análisis del rol homogeneizador del estilo véase Jukka Gronow, “Taste and Fashion: The Social Function of Fashion and Style”, *Acta Sociologica*, vol. 36, 1993, pp. 89-100.

²² Simmel da el ejemplo de la biblioteca en su “Philosophie der Landschaft”: “al igual que una cantidad de libros puestos uno al lado de otro aún no son una ‘biblioteca’, más bien se convierten en ella, sin que provenga de esto o por esto, cuando un cierto concepto unificador los abarca conformándolos”. Georg Simmel, “Filosofía del paisaje”, en *El individuo y la libertad*, edición citada, p. 178.

La ausencia de algo definido en el centro del alma —escribe en *Philosophie des Geldes*— nos impele a buscar satisfacciones momentáneas en estímulos, sensaciones y actividades externas siempre nuevos. De este modo nos enredamos en la inestabilidad y desesperación que se manifiesta en el tumulto de la metrópolis, así como en la manía de viajar, o en la salvaje búsqueda de competencia, o en la típicamente moderna deslealtad en relación con el gusto, el estilo, las opiniones y las relaciones personales.²³

La tensión se acentúa porque la metrópolis no es solamente el lugar de la economía monetaria sino que se completa por dos factores decisivos: la división del trabajo y la articulación con el mundo, más allá de sus propios límites. Así, la diferencia en ella tiene un doble origen: la compulsión a que cada individuo procure destacarse como “producto” en el mercado, y el extranjero.

Distinguiéndose de las formas cambiantes pero autofundadas y relativamente estables del arte tradicional, la moda es el recurso táctico, variable, que permite simultáneamente marcar una individualidad e incluso un “estilo de vida” y el reconocimiento con otros: la pertenencia y la libertad.

La inestable diferenciación que se origina en la división del trabajo es lo que distingue a la metrópolis, mientras que el tamaño en sí no es una condición diferenciadora. ‘*Mater polis*’ no es lo mismo que ciudad grande o megalópolis, y por eso, en rigor, la traducción castellana de *Groszstadt* como “gran urbe” es conceptualmente incorrecta. Aunque por su tamaño varias ciudades del tercer mundo son grandes urbes o megalópolis, debido al escaso desarrollo capitalista local y/o a lo restringido de su espacio de existencia más allá de sus límites, no necesariamente deberían ser consideradas como metrópolis en el sentido de Simmel.

Por otra parte, en la metrópolis simmeliana la diferencia no se limita a una existencia teórica o incluso psicológica: en ella los diferentes “estilos de vida” o incluso la multiplicidad de sujetos “excéntricos” comparten un mismo espacio. En ese espacio físico determinado, la existencia material, el roce de los cuerpos, la cercanía, es lo que genera el temor, la antipatía, e incluso, por cierto, la actitud *blasé*.²⁴ Asimismo, es la existencia de ese espacio co-

²³ Georg Simmel, *Philosophie des Geldes*, Berlín, Duncker & Humboldt Verlag, 1900. Trad. al inglés: *The Philosophy of Money*, Boston/Londres/Melbourne/Henley, Routledge & Kegan Paul, 1982, p. 484.

²⁴ El enfoque de Simmel sobre la relación entre cuerpo y espacio ha sido vinculado con las investigaciones de August Schmarsow (*The Escence of Architectural Creation*, 1893-1894) por Iain Borden (“Space Beyond: Spatiality and the City in the Writings of Georg Simmel”, *The Journal of Architecture*, vol. 2, núm. 4, invierno, 1997, p. 313). La influencia de Freud sobre sus ideas al respecto ha sido examinada por Anthony Vidler en “Agoraphobia: Spatial Estrangement in Georg Simmel and Siegfried Kracauer”, *New German Critique*, núm. 54, otoño, 1991, pp. 31 y ss.

mún lo que permite la aventura, en la medida en que, como lo supo descubrir la deriva situacionista,²⁵ se esté dispuesto a quebrar por un momento el perfecto sistema coordinado de las acciones cotidianas para perderse en el infinito y desconocido laberinto de presencias y relaciones que constituyen el tejido metropolitano. La indagación de Richard Sennet sobre la importancia de la relación física entre los individuos —especialmente en *The Conscience of the Eye* y *Flesh and Stone*—²⁶ confirma y amplía la vigencia de esta lección simmeliana.²⁷

Reconsiderada recientemente por trabajos como los de Manfred Garhammer e Iain Borden,²⁸ la cuestión del espacio —con su necesaria especificación de condiciones de límites, medida, número, densidad y distancia—

²⁵ La deriva, esto es, una manera no preestructurada de recorrer y reconocer la ciudad, fue una de las formas preferidas por el conjunto de movimientos artísticos que confluó en la Internacional Situacionista en 1957. Cfr. Simon Sadler, *The Situationist City*, Cambridge (Massachusetts)/Londres, The MIT Press, 1999. Aunque en un registro más general, la relación del pensamiento de Simmel con los situacionistas ha sido ya advertida en M. Maffesoli, “Georg Simmel: Moderinté et Post-Modernité”, en O. Rammstedt y P. Watier (dirs.), *G. Simmel et les sciences humaines*, Actes du Colloque G. Simmel et les sciences humaines, 14-15 de septiembre de 1988, París, Méridiens Klincksieck, 1992. También Fredric Jameson ha destacado esta posibilidad aunque con referencia a las caminatas-narraciones de Michel de Certeau (*The Practice of Everyday Life*, Londres, University of California Press, 1984) en “The Theoretical Hesitation: Benjamin’s Sociological Predecessor”, *Critical Inquiry*, vol. 25, núm. 2, invierno, 1999, p. 270. En la misma dirección véase Marc Augé, *Un ethnologue dans le métro*, París, Hachette, 1987. Trad. al castellano: *El viajero subterráneo. Un etnólogo en el metro*, Barcelona, Gedisa, 1998.

²⁶ Richard Sennet, *The Conscience of the Eye. The Design and Social Life of Cities*, Nueva York/Londres, W. W. Norton & Company, 1992; y *Flesh and Stone. The Body and the City in Western Civilization*, Nueva York/Londres, W.W. Norton & Company, 1994. Véase también Bo Grönlund, “The Civitas of Seeing and the Design of Cities: On the Urbanism of Richard Sennett”, en http://hjem.get2net.dk/gronlund/Sennett_ny_tekst_97kort.html [consultado en dic. de 2002]. Grönlund cita allí la siguiente opinión de Sennett, de obvias raíces simmelianas: “What I think of as urbanity is precisely making use of the density and differences in the city so that people find a more balanced sense of identification on the one hand with others who are like themselves but also a willingness to take risks with what is unlike, unknown (...). It is the kind of experiences that make people find out something about themselves that they didn’t know before. That’s what urbanity is at its best (...). To me, how to privilege the notion of difference that is what urbanity is all about”.

²⁷ El tema del cuerpo en relación con la ciudad ha sido estudiado en numerosas oportunidades, especialmente en la última década. Véase en particular: Steve Pile, *The Body and the City. Psychoanalysis, Space and Subjectivity*, Londres/Nueva York, Routledge, 1996, y Cynthia Davidson (ed.), *Anybody*, Cambridge (Massachusetts)/Londres, The MIT Press, 1997.

²⁸ Cfr. Iain Borden, *op. cit.*; y Manfred Garhammer, “Die Bedeutung des Raums für die regionale, nationale und globale Vergesellschaftung”, en *Sociology in Switzerland. Georg Simmel Online*, <http://www.orient.uni-erlangen.de/kultur/papers/garhamm.htm> [consultado en dic. de 2002].

había sido, como se sabe, específicamente desarrollada por Simmel en el noveno capítulo de su *Soziologie* (“Der Raum und die räumlichen Ordnungen der Gesellschaft”²⁹). Su comprensión no solamente es necesaria para abordar las relaciones en el interior de la metrópolis, sino también para considerar las relaciones que ésta establece con el exterior.

En este sentido creo que una parte del pensamiento simmeliano no ha sido suficientemente apreciada en la valoración de las ideas expuestas en “Die Grosstädte und das Geistesleben”. Me refiero al pasaje en que sostiene que “La esencia más significativa de la [metrópolis] reside en este tamaño funcional más allá de sus fronteras físicas: (...) una ciudad existe ante todo a partir de la globalidad de los efectos que alcanzan desde su interior más allá de su inmediatez. Éste es su contorno real, en el que se expresa su ser”.³⁰ En el plano de las ideas urbanas, uno de los pocos que entendió y procuró aplicar tempranamente este concepto fue su discípulo Martin Wagner, Stadtbaurat de Berlín a finales de los años veinte. Wagner tenía claro no solamente que la política socialdemocrática no debía limitarse a crear islas del “trabajo” sino que debía dirigirse a ocupar y repotenciar el corazón de la ciudad. Berlín —sostenía Wagner— debía realizar todos los esfuerzos posibles para constituirse, “más allá de sus fronteras”, en una *Weltstadt*.³¹

La existencia de la metrópolis “más allá de sus fronteras” es lo que permite que la ciudad se constituya en un polo de atracción de multitudes provenientes no solamente del espacio nacional sino de todos los rincones del mundo. En este sentido, París es, por esa condición que se sintetiza en la metáfora del faro, *más allá* de la capital de Francia, la metrópolis por excelencia del siglo XIX. Ciudad de extranjeros en el significado más pleno del término.

¿De qué manera, entonces, las nociones simmelianas de metrópolis permiten iluminar la condición urbana contemporánea?

²⁹ Cfr. Georg Simmel, *Soziologie. Untersuchungen über die Formen der Vergesellschaftung. Gesamtausgabe*, tomo II, Suhrkamp, Frankfurt, 1995.

³⁰ Simmel, “Las grandes urbes y la vida del espíritu”, en *El individuo y la libertad*, edición citada, p. 257.

³¹ Aunque se había diplomado como arquitecto en Dresden, Martin Wagner completó sus estudios en Berlín. Allí asistió a las lecciones de Simmel las cuales, según testimonia su esposa, le causaron una profunda y duradera impresión, decisiva para su acción posterior. El dato forma parte del completo estudio de Ludovica Scarpa, *Martin Wagner e Berlino. Casa e città nella Repubblica di Weimar 1918-1933*, Roma, Officina Edizioni, 1983. En un registro muy diferente Fritz Neumayer ha destacado la influencia de Simmel en el pensamiento y la arquitectura de Mies van der Rohe, uno de los más grandes arquitectos del siglo XX (*Mies van der Rohe. Das kunstlose Wort*, Berlín, Siedler Verlag, 1986, p. 281).

Como ya dije, creo que una buena parte de ellas no ha perdido vigencia para caracterizar las grandes concentraciones humanas de nuestro tiempo. Más aún, me parece que su revisión y revaloración contemporánea se debe precisamente a que los procesos que han conducido a la formación de lo que ha sido caracterizado como “ciudades globales”, y con ellas a la revitalización de las “inner cities”, no han hecho sino potenciar la productividad de esas observaciones. El hecho de que quien más ha trabajado esa idea,³² la socióloga Saskia Sassen, haya dictado recientemente las *Simmel-Vorlesungen* en la Universidad Humboldt de Berlín parece una buena forma de confirmar estas consideraciones. Y es difícil imaginar, al margen de esta suerte de redescubrimiento simmeliano, la actual revalorización de los nuevos espacios para el consumo, de las infraestructuras urbanas tan duramente criticadas en décadas anteriores, de los momentos de más alta concentración y de las experiencias más espontáneamente intensas de la vida urbana contemporánea, por parte de una figura de la centralidad de Rem Koolhaas y, siguiendo sus rastros, de la brillante joven generación de arquitectos y urbanistas holandeses.³³

Me parece, sin embargo, que hay una característica nueva que Simmel no tenía ante sus ojos ni podía prever en función de sus ideas. Me refiero a la cuestión de los límites. El problema ya aparece en la formulación que mencioné previamente: lo que él llama “fronteras físicas”, más allá de las cuales la metrópolis proyecta su “tamaño funcional”. Si bien es cierto que a diferencia de lo que ocurría en los sesenta la ciudad contemporánea recualifica sus áreas centrales, también lo es que continúa y se acentúa la expansión hacia la periferia, ya no a mancha de aceite sino mediante núcleos funcionales autónomos. Aunque las “conurbaciones” comenzaban a esbozarse a comienzos del siglo xx, en la actualidad en muchas zonas del planeta es poco menos que imposible distinguir bordes urbanos en el territorio. A lo que debe agregarse la archiargumentada expansión de las comunicaciones.³⁴ De manera que jun-

³² Véase la numerosa bibliografía de Sassen sobre el tema, en particular: *The Global City*, Princeton, Princeton University Press, 1991. Trad. al castellano: *La ciudad global*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

³³ Cfr. Rem Koolhaas, *Delirious New York*, Nueva York, The Monacelli Press, 1996; *S, M, L, XL*, Nürnberg, Benedikt Taschen Verlag, 1998; y *Mutations*, Burdeos/Barcelona, ACTAR, 2001.

³⁴ Para el más completo y serio análisis sobre este fenómeno véase Manuel Castells, *The Informational City*, Cambridge (Massachusetts), Blackwell Publishers, 1995 (1a. ed. 1989). Dominique Bouchet ha mostrado que el desarrollo de los sistemas de información no parece de por sí contribuir a un enriquecimiento de la vida metropolitana. Por el contrario, según ella “since Simmel wrote his seminal essays, the metropolis has developed into metapolis full of holes and tunnels, a mega-display with shopping malls, cinemas and neon-signs, a cyber-network of disconnected individuals. Communities have turned into networks and the world ‘here’ has almost lost meaning. In both the media and the city, a social community is simulated

to con las “fronteras físicas” también parece tender a desaparecer por completo el “interior” metropolitano. Para superar este obstáculo Jean Remy ha propuesto aplicar a la metrópolis la idea de lo que llama “forma elástica”, empleada por Simmel en el análisis de la Iglesia y del rostro.³⁵ Pero se trata, a mi juicio, de una interpretación que tensa en exceso el concepto original.

Por otra parte, en algún sentido, el efecto de esa disolución parece positivo. Precisamente porque concentrada dentro de sus límites, la metrópolis simmeliana es un fulcro extraordinario para la expansión vertiginosa de la vida y la cultura modernas. Pero el precio de esta determinación reside en la cada vez mayor distancia que ella establece con las condiciones de vida en el territorio dentro del cual emerge. La disolución de los límites supone, de algún modo, la metropolización del territorio, y con ello la expansión de las nuevas posibilidades a la sociedad en su conjunto.³⁶ Y sin embargo, aunque este efecto nos parezca beneficioso, no deberíamos descuidar otro que se produce en sentido contrario: siguiendo las premisas del análisis de Simmel, sin “afuera” sobre el cual proyectarse y del cual recibir energías, contradicciones y estímulos, la nueva condición dispersa debería conducir a un creciente empobrecimiento.

Por último, la metrópolis simmeliana tiene una característica física fundamental que la diferencia de la metrópolis actualmente en gestación: es una estructura de trama abierta en la que las calles, los parques e incluso los espa-

in space and time”. Dominique Bochet, “Information Technology, the Social Bond and the City: Georg Simmel Updated. About Changing Relationship Between Identity and the City”, *Built Environment*, vol. 24, noviembre 2/3, 1998, p. 128.

³⁵ En su muy sugerente interpretación Remy sostiene que para Simmel “La ville est au plan collectif ce que le visage est au plan personnel, c’est-à-dire un lieu géométrique articulant des forces d’origines multiples et permettant la cohérence malgré les tensions issues de la diversité et du changement”. A este dispositivo lo caracteriza más adelante como “forme élastique”. Jean Remy, “La grande ville et la petite ville: tension entre forme de sociabilité et forme esthétique chez Simmel”, en Jean Remy (dir.), *Georg Simmel: ville et modernité*, París, Éditions L’Harmattan, 1997, p. 61. Creo que aplicar esta idea a la ciudad, debido precisamente a su elasticidad, diluye las diferencias entre distintos tipos de formaciones urbanas modernas (por ejemplo entre la metrópolis simmeliana, la metrópolis “global” actualmente en gestación, y los grandes conglomerados del tercer mundo).

³⁶ Precisamente ésta es la idea desarrollada por una parte del pensamiento norteamericano contemporáneo sobre la ciudad, celebrando lo que habría devenido en la “new city of the 20th century” que ya no sería “the jagged skyscraper skyline of the 1920s metropolis” sino “the familiar decentralized world of highways and tract houses, shopping malls, and office parks that Americans have built for themselves since 1945”. Esa “new city, furthermore, lacks what gave shape and meaning to every urban form of the past: a dominant single core and definable boundaries”. Robert Fishman, “Megalopolis Unbound”, *The Wilson Quarterly*, invierno, 1990. Reeditado en Philip Kasinitz (ed.), *Metropolis. Center and Symbol of Our Times*, Nueva York, New York University Press, 1995, p. 395.

cios cerrados e inviolables de la antigua aristocracia se ofrecen al uso libre de todos sus habitantes. Especialmente en las áreas centrales, pero también en sus periferias, es la trama abierta de calles y plazas de esa metrópolis lo que posibilita, alberga y conduce el flujo de las diferencias. Y es la constante transformación y movimiento de las diferencias lo que provoca el choque que aumenta la intensidad del *Nervenleben*. La exacerbación del *Verstand* pero también la energía producida por esa intensificación está en el origen de la revolución de la cultura moderna. Como muy bien ha identificado Raymond Williams, en ese reino de las diferencias y del desenraizamiento el único problema en común que tiene la masa de aventureros y extranjeros que se abalanza sobre esas metrópolis es, más allá de los contenidos que pueden separarlos, el de la forma *per se*, el del lenguaje.³⁷ El núcleo, en otras palabras, de la cultura moderna.

Tomando en cuenta las tendencias de su forma, la metrópolis actualmente en gestación parece comportarse en un sentido opuesto. En lugar de la trama abierta característica de la metrópolis simmeliana nos ofrece contenedores de diversos tipos, separados claramente unos de otros por función y por constitución social. Los ghettos pobres de los más miserables o los generados por las políticas oficiales de vivienda, pero también los ghettos ricos, los *shopping malls*, las ciudades empresariales, se estructuran para evitar el contacto, la mezcla, el conflicto, la aventura y el encuentro con lo diferente. Son condensaciones de iguales, separadas radicalmente de otras condensaciones similares. En la metrópolis actualmente en gestación la diferencia es eliminada y con ello tiende a desaparecer el choque característico de la metrópolis simmeliana. Es más, la dinámica de la globalización hace que los mismos paisajes urbanos —la “Generic City” en términos de Rem Koolhaas— se repitan de un extremo a otro del planeta.³⁸ Con la desaparición o incluso

³⁷ “Thus the key cultural factor of the modernist shift is the character of the metropolis: in these general conditions, but then, even more decisively, in its direct effects on form. The most important general element of the innovations in form is the fact of immigration to the metropolis and it cannot too often be emphasized how many of the major innovators were, in this precise sense, immigrants”. Raymond Williams, “Metropolitan Perceptions and the Emergence of Modernism”, en *The Politics of Modernism*, Londres/Nueva York, Verso, 1994 (1a. ed. 1989), p. 45. Otros trabajos fundamentales de Williams en la misma dirección: *The Country and the City*, Nueva York, Oxford University Press, 1975 (1a. ed. 1973) y *The English Novel from Dickens to Lawrence*, Londres, Chatto & Windus, 1970. Trad. al castellano: *Solos en la ciudad. La novela inglesa de Dickens a D. H. Lawrence*, Madrid, Editorial Debate, 1997.

³⁸ La difusión de los sistemas de *franchising*, las ventajas de la concentración, los mecanismos de la moda y la publicidad, la multiplicación de la “manía de viajar”, la generación de una burocracia internacional y la extensión universal de las pautas de consumo norteamericanas a través del cine y la televisión, han dado lugar a la igualación creciente de las áreas centrales urbanas. Con Martín y Schumann puede decirse que “De Lisboa a Praga a través de

con el apaciguamiento del choque de las diferencias, la *Nervenleben* y sus consecuencias según Simmel disminuye su tono. De este modo, al contrario de lo que ocurría hace cien años, las grandes concentraciones urbanas parecen ahora dirigirse a una sustantiva pérdida de riqueza vital.

Precisamente allí donde nos ofrecen mayor certidumbre, pacificación, límites claros y coherencia interior, con su absoluta separación del territorio en el que se insertan, los nuevos contenedores urbanos se comportan como las islas de un archipiélago. Y Simmel ha sido particularmente duro con la ciudad de las islas.³⁹

No es muy diferente su impresión de la que nos producen las inmensas cajas decoradas que, sin distinguirse demasiado unas de otras, encierran cines, agencias de autos, oficinas, hoteles de paso, o ensambladoras, en los bordes de nuestras autopistas. También él, detrás de las fachadas luminosas de los palacios venecianos, veía ocultarse “un oscuro, potente, irreversible impulso hacia la apariencia”.

En esa Venecia simmeliana —y a mí me parece que también en la realidad urbana contemporánea— “la superficie ha perdido sus raíces. Aquí en la apariencia no vive más el ser (...). [Y] sólo donde a la apariencia no ha correspondido jamás un ser y todo lo que se le oponía ha sido destruido, sólo donde esta apariencia pretende una vida y una totalidad, solo allí ella es una absoluta mentira”.⁴⁰

Recibido y revisado: junio, 2002

Correspondencia: Centro de Estudios de Arquitectura Contemporánea / Universidad Torcuato Di Tella / Miñones 2117 / C1428ATG / Buenos Aires / Argentina / correo electrónico: jliernur@hotmail.com

Le Marais, el barrio más viejo de París, la escena es cada vez más parecida: negocios invaden los centros antiguamente particularizados y creadores de identidad”. H-P Martin y H. Schumann, *Die Globalisierungsfalle. Der Angriff auf Demokratie und Wohlstand*, Hamburgo, Rowohlt, 1996, pp. 30-31. Citado por D. Bouchet, *op. cit.*, p. 112. Véase también el concepto de “Generic City” desarrollado por Koolhaas especialmente en *S, M, L, XL*, edición citada.

³⁹ Me refiero a su escrito “Venedig”, publicado en Ferdinand Avenarius (ed.), *Das Kunstwart Halbmonatsschau über Dichtung, Theater, Musik, Bildende und angewandte Künste*, año 20, 2 de junio de 1907.

⁴⁰ “daß die Oberfläche, die ihr Grund verlassen hat, der Schein, in dem kein Sein mehr lebt, sich dennoch als ein Vollständiges und Substantielles gibt (...) Nur wo ein Schein, dem niemals ein Sein entsprochen hat und dem selbst das ihm entgegengerichtete weggestorben ist — nur wo dieser ein Leben und eine Ganzheit zu bieten vorgibt, da ist er die Lüge schlechthin.” G. Simmel, “Venedig”, p. 303.

